PELAYO,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

POR

D. Manuel José Quintana:

REFUNDIDA.



Se hallará de venta en la Librería de CUESTA, calle Mayor.

PERSONAS.

PELAYO.

HORMESINDA, su hermana.

VEREMUNDO, deudo de los dos.

LEANDRO, hijo de Veremundo.

ALFONSO, duque de Cantabria.

ALVIDA, confidenta de Hormesinda.

MUNUZA, moro, gobernador de Gijon.

AUDALLA.

ISMAEL.

Un soldado gijonés.

Nobles asturianos.

Guerreros moros.

La escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un salon de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO Y VEREMUNDO.

Alfon. Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
de las murallas de Gijon me ausento,
donde tanta flaqueza y tanto oprobio
están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
á la dura cadena el dócil cuello,
sin que uno solo á murmurar se atreva
de opresion tan odiosa. No: aunque en medio
de esta vil muchedumbre apareciese
del gran Pelayo el animoso aliento;
en vano á libertad los llamaria,
ya nadie le entendiera.
Verem. Él en el seno
de la etérea mansion goza sin duda
la palma que á los mártires da el cielo
en premio á su virtud. Fiero, incansable
los llanos de la Bética le vieron
casi arrancar él solo la victoria,
que vendió la perfidia al agareno.
El atajó el raudal á la fortuna
del soberbio Tarif cuando en Toledo
del victorioso ejército sostuvo

la terrible pujanza un año entero.
De igual valor fué Mérida testigo;
hasta que puesta su cabeza á precio
por el infame Munuza, y escondido
desde entonces su nombre en el silencio,
ni de él ni de Leandro el hijo mio
la fama volvió á hablar.

Alfon. Dichosos ellos,
que asi por fin descansarán! Sus ojos
cerrados ya con sempiterno sueño
no verán el escándalo, la afrenta
de su sangre, el sacrílego himeneo
que hoy se vá á celebrar. Oh, Veremundo!
perdona esta vehemencia á mi despecho;
ser Hormesinda esposa de Munuza,
es duro oirlo y afrentoso el verlo.

Verem. Mal pudieran las débiles mugeres
resistir al halago lisongero
del moro vencedor, cuando sus armas
domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
ganar desde su triste cautiverio
el corazon del jóven Abdalisis,
y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar á su hija
á un árabe tambien; y hacerla precio
de una paz....

Alfon. Y la hermana de Pelayo
debió seguir tan execrable ejemplo?
escederle debió?

Verem. Yo deudo suyo,
que la eduqué, la amé cual padre tierno,
disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

Alfon. Cabe disculpa en semejante yerro?

Verem. Sí, Alfonso, cabe: por ventura ignoras

el bárbaro y terrible juramento
que hizo Munuza? ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
de su noble defensa, si Hormesinda
no la hubiera salvado con sus ruegos?
si nuestra servidumbre es mas suave,
si aun ves en pie nuestros sagrados templos;
los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
á ese amor que te indigna lo debemos.

Alfon. Abominable amor! union impía!
que Dios vá á castigar; y ya estoy viendo
á esa desventurada á quien seducen
los engaños del moro, ser muy presto
objeto miserable de sus iras.
Ignoras tú su condicion? Violento,
implacable y feroz: si es generoso
en la prosperidad, lo es por desprecio,
por arrogancia. Las inquietas ondas
que baten las murallas de este pueblo,
no son mas de temer en su inconstancia
que su alma impetuosa.

Verem. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.

Alfon. Ella se acabará que no está lejos
(y plegue al cielo que me engañe) el dia
en que soltando á su violencia el freno,
del tirano engañoso que ahora alabas
la rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
y esta llegada repentina tiemblo
del fiero Audalla, Audalla conocido
por su celo fanático y sangriento.
A Dios; á darme asilo las montañas
bastarán de Cantabria, cuyos senos
ofrecen á la sed del africano,

en vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán.... Mas Hormesinda...

ESCENA II.

Hormesinda en el fondo del teatro y dichos.

Horm. Qué le diré, infeliz? á andar no acierto,
y mis rodillas trémulas se niegan
á sostenerme.
Verem. Acércate.
Horm. No puedo,
señor, que el corazon á vuestros ojos
siente aumentar su tímido recelo.
Verem. Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda?
Horm. Dudar yo! no señor, en ningun tiempo (1).
A vos mi infancia encomendó mi hermano
cuando acudiendo de la patria al riesgo,
voló precipitado al Mediodia
á probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
en temporal tan largo y tan deshecho,
sola la proteccion de vuestro asilo
pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
que no pueda mi amor satisfaceros
tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazon á hacerlo,
su inmensa deuda agradecida aclama,
y para el pago la remite al cielo.
El, señor, él os recompense: en tanto....
(perdonad el rubor, el triste miedo
que me acobarda).... en tanto vuestros brazos

(1) *Adelantándose hácia él.*

dad á una desdichada, que al momento
va á dejar este asilo de inocencia
donde sus años débiles crecieron,
y sobre ella implorad una ventura
que su dudoso y angustiado pecho
no se atreve á esperar.

Verem. Ah! Si bastasen
mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
ni otra fortuna al cielo pediria
este infeliz y lastimado viejo.
Pero, hija mia!.... (1).

Horm. Ay! no: que las palabras
salgan de vuestra boca en son tremendo:
llamadme ingrata: pérfida; llamadme
infiel á la virtud, sorda al consejo,
qué me podreis decir que yo á mí misma
con dureza mayor no esté diciendo?
sabed, que aqueste cáliz de dulzura
tras el que anhela el corazon sediento,
á fuerza de amarguras y martirios,
está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed....

Alfon. Si eso es así, por qué un instante
no levantais, señora, el pensamiento
á ser quien sois? la religion sagrada,
de la virtud os mostrará el sendero;
y la sangre que anima vuestras venas
para marchar por él os dará aliento.
Mostraos hermana de Pelayo: y antes
de ver que sois escándalo de los vuestros,
ludibrio de los bárbaros infieles,
esposa de un tirano....

Horm. Deteneos,

(1) *Asiéndola de la mano afectuosamente.*

que si temí las quejas del cariño,
á la voz del insulto me rebelo.
Por qué si soy escándalo á los mios,
si tan injustos me condenan ellos;
por qué á la seduccion, á los halagos
del moro vencedor no me escondieron?
Cuando el furor y la venganza ardian,
cuando ya el hambre y el violento fuego
prestos á devorarnos amagaban;
era justo, era honroso en aquel tiempo
que yo á los pies del árabe irritado
fuese á ablandar su corazon de acero.
Fuí: mis plegarias el camino
hallaron de la piedad en su terrible pecho;
y libre del azote que temblaba
este pueblo, su frente alzó contento.
Todos entonces, sí, me obedecian:
todos; y en tanto que al enorme peso
de sus cadenas agoviada España
mira asolados sin piedad sus templos,
hollados con furor sus moradores,
violadas sus mugeres, en el seno
de la paz mas feliz Gijon descansa.
Tirano le llamais, y él en sosiego
nos deja respirar, cuando podria
con solo una mirada estremecernos!
Es un tirano, y amoroso aspira
á llamarse mi esposo?... Ah! no lo niego,
inexorables Godos, á su halago,
á su tierna aficion, á su respeto
mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
y el fruto ¡hombres ingratos! tambien vuestro.

ESCENA III.

Alvida y dichos.

Alv. (1) Llegó el momento: el séquito está pronto
que debe acompañarte al himeneo:
Munuza espera á su adorada amante,
anunciando su gozo y sus deseos
con su esplendor hermoso las antorchas,
la música festiva en sus acentos.
Horm. Esto es hecho, gran Dios!
Alfon. Seguid, señora,
por donde os lleva tan culpable fuego:
qué teneis que temer? las luminarias
que han de solemnizar vuestro contento,
solemnicen tambien y hagan patente
de vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
de las lisonjas á los infames ecos,
deja este parabien á los amantes. (*váse.*)
Hor. Que horrible parabien!... Mas ya no hay medio
de volver el pie atrás: que mi destino
mas fiero y cruel cada momento
tras sí me arrastra, y sin poder valerme
á su imperiosa voluntad me entrego.
A Dios, (2): á Dios.

ESCENA IV.

Veremundo.

Verem. Mísero anciano!

(1) *A Hormesinda.*

(2) *Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.*

Ya qué te resta? el lúgubre silencio,
la amarga soledad que te rodean,
fieles te anuncian tu postrer momento,
y cuán acerbo... O suerte! á qué guardarme
para tal desamparo?

ESCENA V.

Veremundo, Leandro y despues Pelayo.

Leand. Amigo, entremos:
nadie nos sigue; la fortuna misma
nos ha guiado hasta el solar paterno.
Verem. Qué voz es la que escucho? mis sentidos
me engañan? Mas no hay duda: ellos son! ellos!
ó providencia eterna! yo te adoro
Hijo! (*corre á abrazarlos.*)
Leand. Padre!
Pelayo. Señor!
Verem. Pelayo? Es cierto,
es cierto que vivís. Ah! que aun se niega
á tal ventura incrédulo mi afecto,
y abrazándoos estoy! Cómo os salvásteis,
decid, cómo vencísteis tantos riesgos,
que la desgracia y el rencor del moro
amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundísteis
eran señal de vuestro fin sangriento
para toda la España, que afligida
cifró en vosotros su postrer consuelo.
Pelayo. Ah! si bastantes á salvarla fuesen
la constancia, el ardor, el noble celo;
firme aun se viera, Veremundo, y dando
envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
de los que el nombre Godo sostuvieron,

hacer pedazos el infausto yugo,
pudieran ya que la sujeta el cuello.
Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
por el nombre de Dios lidiado habemos.
El retiró su omnipotente escudo,
y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España
prófugos, solos, deplorable resto
de los pocos valientes que mostraron
á toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos.
Yo los ví perecer.... O compañeros!
que en el seno de Dios ya descansando
de vuestro alto valor gozais el premio;
mis votos recibid y mi esperanza;
vengue yo vuestra muerte y muera luego.
Verem. Admirable constancia! Mas, Pelayo,
de qué nos sirve contrastar al cielo?
cuando nuestros intentos la fortuna
les niega su laurel en el suceso,
ceder es fuerza, inútil es el brio,
pernicioso el teson. Si estando entero
contra el fiero rigor de esta avenida
no pudo sostenerse nuestro imperio,
te sostendrás tú solo? A quién consagras
tan héroico valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria.
Pelayo. No hay ya patria!
y vos me lo decís! Sin duda el yelo
de vuestra anciana edad que ya os abate,
inspira esos humildes sentimientos,
y os hace hablar cual los cobardes hablan.
No hay patria! para aquellos que el sosiego
compran con servidumbre y con oprobios:
para los que en su infame abatimiento

mas vilmente á los árabes la venden,
que los que en Guadalete se rindieron.
No hay patria, Veremundo! No la lleva
todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira:
la augusta religion de mis abuelos,
sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
tienen aquí un altar que en ningun tiempo
profanado será.
Verem. Tu celo ardiente
te hace ilusion, Pelayo: en quién tu esfuerzo
puede ya confiar? Quien pierde á España
no es el valor del moro, es el esceso
de la degradacion: los fuertes yacen,
un profundo temor yela á los buenos,
los traidores, los débiles se venden,
y alzan solo su frente los perversos.
Pelayo. Y porque estén envilecidos todos,
todos viles serán? yo no lo creo:
mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
á que dé alguno el generoso ejemplo:
y el estandarte patrio levantando
despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
serán mis baluartes, á su centro
volarán los valientes, y el estado
quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
á su hermano, señor; y que tendiendo
la noche el manto lóbrego, á seguirme
se prepare.
Verem. Buen Dios! llegó el momento
desgraciado y terrible.
Pelayo. Desgraciado
el instante feliz que ansió mi anhelo

de abrazar á mi hermana!
Verem. Ay triste! Calla,
ese nombre en tu boca es un veneno.
Pelayo. Por qué, decid, por qué? vive?
Verem. Sí, vive:
pero su muerte te afligiera menos.
Pelayo. Qué misterio! acabad infiel?
Verem. Tu hermana
atajó los estragos de este pueblo.
Pelayo. Seguid.
Verem. Tu hermana á los feroces ojos
del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
de todos los cristianos que la imploran....
Ella hace nuestros grillos mas ligeros...
Nada resiste al vencedor... Munuza
rendido, enamorado, al himeneo
de Hormesinda aspiró, y ella vencida....
Pelayo. Por piedad no acabeis... Estos los premios
son que á tanto afanar, tantos servicios
el cielo reservaba? el vilipendio,
la mengua, las afrentas. O Leandro!
Por qué al rigor del musulman acero
á par de tantos héroes no caíamos
allá en los campos de Jerez sangrientos?
Leand. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
en tí la patria su esperanza fia;
no desmayes, aleja el pensamiento
de esa flaca muger: para tí es muerta.
Pelayo. Muerta! pluguiera á Dios!... Por qué sabiendo
tal abominacion, al mismo instante (*á Verem.*)
un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
yo no viviera con borron tan feo.
Verem. A apoyar su virtud ya vacilante

siempre acudió mi paternal consejo;
la violencia jamás.
Pelayo. Costumbre impía!
tiránica opinion! injusto fuero!
las mugeres sucumben y en nosotros
carga el torpe baldon de sus escesos!
Ella esposa de un moro? Mas decidme,
desde cuándo un enlace tan funesto
se ha estrechado?
Verem. Ahora mismo: en este instante
se celebra quizá.
Pelayo. Pues aun es tiempo;
volemos á la pérfida: mi vista
la llenará de horror; este himeneo
no se hará, no: si por desgracia es tarde,
la ahogará en mi presencia el sentimiento. (*váse.*)
Verem. El en su ardiente frenesí se ciega:
sigámosle, Leandro; y á lo menos
si regir su furor no conseguimos,
con él cuando perezca moriremos.

ACTO SEGUNDO.

La escena en este acto representa un salon del Alcázar de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

Munuza, Hormesinda en un sofá sostenida por Alvida en la actitud de ir volviendo de un deliquio: Audalla algo separado y mirándolos desdeñosamente desde un lado del teatro.

Mun. O ingratitud! ó fementil flaqueza!

con que cuando debiera la alegría
su corazon henchir, y este momento
ser el mas delicioso de su vida;
dudar! temblar! desfallecer!... y apenas
dan sus labios el sí cuando oprimida
de congoja mortal yerta la miro
á mis plantas caer!

Alv. Señor, mitiga
tu enojo; ya en sí vuelve.

Horm. En donde, ó cielos!
en dónde estoy?

Alv. Recóbrate, Hormesinda,
mis brazos te sostienen, á tu lado
á tu esposo contempla.

Mun. Ella le irrita
con esa turbacion.

Horm. Ten, ó Munuza,
piedad de esta infeliz: por qué afligirla
tambien los ecos de tu labio airado,
y esas miradas de furor conspiran?

Mun. Cuál es, pues, dime, la funesta causa
de aquesta agitacion tan repentina,
de ese pavor horrible que en tu frente
y en tus ojos atónitos se pinta?

Horm. El cielo ve la pena, los temores
que mi interior ahora martirizan,
y vé tambien á mi amorosa llama
esplayarse por él siempre mas viva.
Sed contento, señor; vos ya vencísteis...
el triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.
Ah! qué dirán ahora los cristianos (*á Alv.*)
de esa muger desventurada?

Mun. Olvida
sus inútiles quejas; ellos deben
inclinar á tus plantas la rodilla

y servirte en silencio.

Horm. En dónde queda
el venerable anciano que solia
con su amor y consejos ampararme?
todo me abandonó: tú sola, Alvida,
tú sola no desdeñas mi fortuna.

Alv. Eterno mi cariño, dulce amiga,
siempre te seguirá.

Horm. De estas ideas
tiranizada ya mi fantasía,
trémula y vacilante á vuestro alcázar
á juraros mi fé fuí conducida.
Jurada está, señor, no me arrepiento:
soy vuestra, lo seré..... cuando salian
las fatales palabras de mi boca,
y el acto solemnísimo cumplian,
me pareció que alzándose Pelayo
en medio de los dos y ardiendo en ira,
qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
para asi abandonarlos? me decia:
tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
la luz de las antorchas se amortigua:
baña el sudor mi frente, el pie me falta,
y opresa del afan caigo sin vida:
ó deliquio cruel!

Mun. O ilusion vana
que todo mi placer vuelve en acíbar!
Ha de romper Pelayo á perseguirte
la noche eterna de la tumba fria
que ya le esconde?

Horm. Y si viviese acaso?
Ah! cual entonces su dolor sería!
desdichada de mí!

Mun. Lanza esas sombras
que tu tímido espíritu atosigan:

serénate ya en fin. Es tan difícil
coronar el amor, labrar la dicha
á un amante, á un esposo?

Horm. Ah! no... Pelayo,
ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
gozando el premio á tu valor debido,
ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas,
oye la voz de tu angustiada hermana,
perdónala. Tu esfuerzo y osadía
á defender la patria no bastaron;
sufre que yo la alivie en sus desdichas,
que yo la madre y protectora sea
de los vencidos que en su amor confian.
El lo quiere... (1) No es cierto? Ah! yo me entrego
al afecto imperioso que me guía,
noble Munuza; mas consiente ahora,
que sola un breve tiempo recogida
tu esposa pueda contemplar su suerte,
acallar los temores que la agitan,
y llenar solo su tranquilo pecho
del tierno y dulce amor que tú la inspiras (2).

ESCENA II.

Munuza, Audalla.

Mun. Es temor, es desdén? qué es esto, Audalla?
pude esperar en semejante dia
tal confusion?

Audall. El sucesor augusto
del sublime profeta acá me envia,
no á arreglar tus querellas con tu esclava,
sino á que España nuestros tiros siga
de grado ó fuerza. Nunca los caprichos
del amor entendí, ni las caricias

(1) *Mirando tiernamente á Munuza.*
(2) *Vase con Alvida.*

del sexo engañador rendir pudieron
un momento jamás el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
entregado á las bélicas fatigas,
sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,
nunca servir. Que nuestra ley divina
por siempre triunfe, y que ante el gran profeta
el universo incline la rodilla,
fué la eterna ambicion del pecho mio:
pues qué son con la gloria las delicias?
Por esto siempre vencedor mi brazo
en la guerra triunfó. Tú de esa indigna
pasion ya poseido, teme al cielo
que la flaqueza en el valor castiga:
teme que te abandone la victoria.
Mun. Ah! si tus ojos vieran á Hormesinda
cuando anegada en llanto y desolada
por la primera vez ante mi vista
se presentó su tímida hermosura,
su ademan, sus palabras compasivas
llenas de encanto y de dolor, no solo
las entrañas de un hombre ablandarian;
mas rindieran tambien á las serpientes,
que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché y venció: Gijon por ella
del bélico furor libre se mira.
Audall. Y no temes que al fin tanta flaqueza
llegue á causar tu irremediable ruina?
Ay del que es opresor si abre el oido
á la piedad, y si imprudente olvida
que ante él deben marchar la servidumbre,
la amenaza, el terror! Si asi no humillas
esta fiera nacion que á nuestras plantas
yace mas espantada que vencida,
teme tu perdicion. Goza en buen hora

del amoroso halago y las caricias
de esa cristiana; los demas perezcan,
ó en vergonzosa esclavitud nos sirvan
mientras al Dios del Alcoran no adoren:
asi lo manda nuestro gran Califa.
Osarás resistir? olvidar puedes
que al partir de Damasco, esa cuchilla
para estender su ley puso en tus manos?

Mun. Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
contra unos miserables que rendidos
ante mis ojos con pavor se inclinan?

Audalla. Esos que tu arrogancia asi desprecia
serán los que castiguen algun dia
bondad tan temeraria.

Mun. Aun soy Munuza: (*corta pausa*).
pendiente de mis hombros todavía
el formidable alfange centellea
que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mi velando; aun se estremecen,
si su atemorizada fantasía
mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

Ismael y dichos.

Ismael. Dos cristianos, señor, á vuestra vista
pretenden parecer; es uno de ellos
aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
el otro un jóven que dolor y enojo
en su semblante intrépido respira.

Mun. Entren al punto. (*váse Ismael.*)

Audall. Acuérdate, Munuza,
que el decreto supremo del Califa
se tiene al fin de promulgar mañana,
y aun hoy debiera ser....

Mun. Basta. (*váse Audalla.*)

ESCENA IV.

Pelayo, Veremundo y Munuza.

Mun. Qué os guia,
decid, á mi presencia?
Verem. Una aventura
para la gente mora, una desdicha
para el pueblo español: murió Pelayo:
testigo de su suerte la confirma
este guerrero, y á Hormesinda trae
la fúnebre y amarga despedida
de su hermano infeliz.
Mun. Quizá esta nueva (*aparte.*)
los temores disipe que la hostigan.
Con que murió Pelayo? Veis, cristianos,
en la fortuna nuestra ley escrita?
el cielo la consagra con victorias,
y os abandona: en qué os parais? seguidla.
Pel. Grande, pues, fué mi engaño, cuando oyendo
lo que la fama en tu loor publica, á pesar de
tu secta y de tu sangre,
virtudes de un valiente en tí creía.
La muerte de un contrario generoso
solamente el que es vil la solemniza.
Mun. Y quién eres tú, dí, que tan osado?...
Pelayo. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mi....
Verem. Señor, disculpa sea
de tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
los españoles míseros ponian.
Ya pereció: las lágrimas que damos
al esquivo rigor de su desdicha,
no te ofendan, Munuza.
Mun. Yo á Pelayo

ni amé, ni aborrecí: mas su porfía,
su temeraria obstinacion pudiera
sernos fatal: asi cuando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo
de que siempre propicio nos asista.
Cristianos, sois perdidos!

Pelayo. No te fies
en tu prosperidad: Dios pudo un dia
separar su favor de aqueste pueblo
y abandonarle á su terrible ira.
De los Godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba:
la suerte puede hacer que en un momento
caiga tambien vuestra soberbia altiva.
Quién sabe si aplacado con nosotros
ya el cielo un brazo vengador anima
que ataje vuestra próspera bonanza?

Mun. Será el tuyo tal vez... Mas Hormesinda
va á perecer delante de vosotros:
tú, imprudente, refrena esa osadía,
usa un lenguage y ademan conformes
á tu fortuna humilde y abatida;
y no al leon irrites que te escucha,
y por desprecio tu arrogancia olvida. (*váse.*)

ESCENA V.

Veremundo, Pelayo.

Verem. Gracias al cielo! al cabo con su ausencia
mi temerario corazon respira.
Cuál me has hecho temblar! ni tus promesas,
ni el velo que á tus ojos te encubria,
á asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
tu mente se arrojaba toda entera,
y en tus miradas fieras se veia

la mal cubierta indignacion: en vano
la desolada España en tí confia,
si no atiendes la voz de la prudencia.
No sabrás moderarte?
Pelayo. Y quién me obliga
á tan torpe disfraz? nunca Pelayo
descendió á la flaqueza, á la ignominia
de engañar; el que engaña es un cobarde
que confiesa su mengua en su perfidia.
Y yo miento mi nombre! yo le escondo
delante de ese moro! ó fementida
muger!
Verem. Ella se acerca.

ESCENA VI.

Hormesinda y dichos.

Horm. Padre mio,
con que aun no me olvidais?... Pero qué miran
mis ojos? Ay! él es... Valedme, cielos.
Verem. La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion; hable, hijo mio,
la sangre solamente.
Horm. Ya á tu vista
tienes esta infeliz, esta culpable
á quien Dios en su cólera dió vida;
á quien antes de verse en tal momento,
la negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
ni cabe en el honor que en tí respira.
Pero permite que tu hermana ahora
con lágrimas rescate de alegría,
las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
en luto acerbo, y en dolor vertidas,
sufre que al gozo me abandone...
Pelayo. Aparta:
mi hermana tú? Jamás. Quien aqui habita,

quien se complace en la estacion odiosa
de la superesticion y tiranía
no puede ser mi sangre. En otro tiempo
tuve una hermana yo que era delicia
de Pelayo y de España: virtuosa,
inocente y leal, siempre fué digna
de todo mi cariño y mis cuidados,
que con mi patria la infeliz partía.
El cielo encarnizado en perseguirme
me la robó: la que mis ojos miran
es una infame apóstata, que ahora
mi vista indignamente escandaliza.
Ella insulta los males de la patria,
ella desprecia las desgracias mias,
ella en fin me aborrece.

Horm. Y qué? No basta
ya mi pasion para encender tus iras,
sin que tambien destierre de mi seno
á la naturaleza que en él grita
con mas fuerza que nunca?

Pelayo. Y no gritaba
cuando la vil pasion que te perdia
te atreviste á escuchar, y te entregaste
al árabe feroz que te esclaviza?
No pensabas en mí? no contemplabas
que era clavar en las entrañas mias
un acero mortal, y atar la patria
al yugo atroz del musulman tú misma?

Horm. Qué peso puede hacer en la balanza
que los reinos del mundo alza ó inclina,
de una flaca muger la resistencia?
Pelayo, ó cuanta compasion tendrias
de esta desventurada, en quien ahora
tu enojo todo sin piedad fulminas,
si vieras mi amargura y mis combates!

Yo pudiera decirte.....
Pelayo. Y qué dirias?
Horm. Que este amor á la patria que te enciende
es la sola ocasion de mi desdicha.
Yo inocente viví: nunca en mi pecho
la llama del amor se vió encendida;
en todas tus fatigas y peligros
mi llanto y mi memoria te seguian.
Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba
á verme sepultada en sus cenizas,
á que me arrebatase en su violencia
el torrente veloz de la conquista;
cuando Gijon amenazada... el cielo....
Perdona. El cielo mismo mi caida
consiente... España opresa, los cristianos
mi favor implorando, y cada dia
de ese moro tan bárbaro á tus ojos
la generosidad siempre mas viva,
los ejemplos, tu muerte.... ó cuantas veces
dije: Pelayo, á defender camina
tu amada hermana de tan fiera lucha!
y Pelayo implorado no venia,
y la triste Hormesinda abandonada
del cielo y de la tierra...
Pelayo. Y qué! por dicha
aunque tu hermano perecido hubiese,
la gloria de su nombre no vivia?
no reflejaba en tí? tú no debiste
defenderla, guardarla sin mancilla,
y antes morir que recibir los dones
con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo ví la patria desplomarse
del Guadalete en la funesta orilla,
y sin perder aliento á sostenerla
el hombro puse y la constancia mia.

Tres años siempre combatiendo; España
de mi sangre y sudor toda teñida;
el rencor de los árabes, al mundo
mi celo y mi fervor publicarian.
Todo es ya por demás: qué soy ahora?
un vil aliado de la gente impía
que oprime mi pais. Desventurada!
los ojos vuelve en derredor, y mira:
no hallarás sino mártires: los unos
pereciendo al rigor de las cuchillas
del atroz sarraceno en las batallas:
los otros en las cárceles agitan
su pesada cadena; otros desnudos,
opresos de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: qué importa
que otras mugeres débiles ó indignas
se hayan rendido al musulman halago?
en medio del contagio debería
mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
como á su hermano el universo mira,
cuando el estado se desquicia y cae,
impertérrito y firme entre sus ruinas.

Horm. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
yo tambien le detesto, y á mí misma.
Hé aquí mi seno, hiere, y en un punto
acaba con tu afrenta y con mi vida.

Pelayo. Tienes valor? eres mi sangre? aun tiempo
es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
montañas van á ser el fuerte asilo
de los cristianos que á vivir aspiran
libres de la opresion: deja ese moro
que con su infame seduccion fascina
tu corazon; y atrévete á seguirme
á donde lejos del oprobio vivas.
No respondes?

Horm. Pelayo, es doloroso,
sin duda, aqueste lazo que abominas;
mas ya la suerte le estrechó, y...
Pelayo. Acaba.
Horm. El deber no consiente que te siga.
Pelayo. El deber! el amor.
Horm. Yo llamo al cielo
en testimonio...
Pelayo. Calla, y no su ira
despiertes contra tí.
Horm. Sí, yo le llamo,
él vé mi corazon y tu injusticia.
Pelayo. El ve triunfar tu abominable llama
de tu sangre y su ley. Pues qué! No miras
que no es tuyo su Dios?
Horm. Yo ofrecí al mio
vivir siempre con él.
Pelayo. Promesa impía!
Horm. Yo la dije, él la oyó; mi pecho nunca
la negará.
Pelayo. Qué horror!
Verem. Tu ardor mitiga,
y acuérdate que la infeliz España
de tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.
Pelayo. A Dios, muger sacrílega: acaricia
al insolente moro á quien adoras;
conságrale tu abominable vida:
será por poco: escucha, los valientes
se van á levantar; la tiranía
contrastada vá á ser: y si vencemos,
fuerza será que al ver á la justicia
alzar su brazo inexorable, tiemble
la prevaricacion. Tú de tí misma
quéjate entonces, si el horrendo crímen

en el estrago universal expias. (*váse con Verem.*)

Horm. Bárbaro! mi suplicio está aqui dentro:
no es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Leandro y Veremundo.

Leand. Resuelto está, señor: aqui debemos
perecer ó triunfar: Pelayo intenta
que el mismo sitio que miró el agravio,
tambien presente á la venganza sea.

Verem. O que temeridad! el hijo mio,
incauto al precipicio se despeña;
que rara vez corona la fortuna
lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata: aun me estremezco
de las amargas y terribles quejas
con que culpó á Hormesinda; al fin salimos
del peligroso alcázar; y su pena,
sumida en un silencio formidable,
cuanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
donde, no sé: pero quizá ya os cercan
tantos riesgos...

Leand. Mayor que todos ellos
el alma de Pelayo los desprecia:
en esta misma noche; en este sitio
á los patricios de Gijon espera,
y enardecer sus ánimos confia
á que le sigan en su heróica empresa.

Verem. Y vendrán?

Leand. No dudeis: los mas valientes
lo prometieron. Tendis y Fruela,

Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
Alfonso que dejaba estas riberas,
y ya no parte. Todos deseaban
de Pelayo saber. Todos esperan
que ha de ser á su vista en esta noche
la suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin: y por ventura
el momento feliz tambien se acerca
de empezar otra lid mas peligrosa,
pero de mas honor que la primera.
Tras de tantas fatigas y combates
rendir el cuello á la servil cadena
fuera insufrible mengua, y no es posible
que nuestro corazon consienta en ella.
Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

Alfonso, varios nobles de Gijon y dichos.

Alfon. De tí dolidos
los cielos, Veremundo, te conservan
á tu amado Leandro, y no consienten
que en tan amarga soledad padezcas.
Todos gozando en la ventura tuya
el parabien te dan.

Verem. Cuál lisonjea
ese tierno interés mi anciano pecho!
él os le paga en gratitud eterna,
nobles astúres, y pluguiese al cielo
que este bien que su mano me dispensa,
á todos los cristianos se estendiese.
El generoso celo que os alienta
me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierve
la sangre que la edad heló en mis venas.
Oh! si en aquesta vez consejos dignos
de ventura y honor de aquí salieran!

Mas no es posible: el mal que nos agovia
vence á un tiempo al valor y á la prudencia.
Alfon. Y por qué desmayar? No es un anuncio
ya de ventura la imprevista vuelta
de ese jóven? Mis ojos se complacen
en ver un hombre al fin, donde antes vieran
solo viles esclavos... ó Leandro,
tú que á su lado en las batallas fieras
con generoso esfuerzo combatiste,
responde, dá este alivio á mi impaciencia:
vive Pelayo?

ESCENA III.

Pelayo y dichos.

Pelayo. Vive, si es que vida
se consiente llamar una existencia
de infortunios sin término acosada,
condenada al ultrage y á la afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Fabila,
el que por tanto tiempo en la defensa
del estado sudó, cuyos trabajos
por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
de entre la ruina universal ostenta
exento el cuello de los hierros torpes
que sobre el resto de los Godos pesan.
Qué me sirven empero estos blasones,
cuyo bello esplendor me envaneciera,
si ajados ya, por tierra derribados,
¡ó indignacion! un árabe los huella
y Hormesinda los vende?.... Ciudadanos,
si de vos por ventura alguno tiembla,
que en semejante infamia sumergida
su hija, su hermana, ó su consorte sea;

si en él se escucha del honor el grito
como en mi pecho destrozado truena,
ese me siga á castigar mi injuria,
y asi la suya con valor prevenga.

Alfon. Sí, yo te seguiré: deja, Pelayo,
á tu diestra valiente unir mi diestra,
alborozarme viéndote, y contigo
al moro jure inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda
y los buenos con él, que en tu presencia
ven renacer las dulces esperanzas
que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
te seguiré sino á vengar con ella
á España que reclama nuestros brazos,
y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.

Pelayo. O ardimiento feliz! Yo bendijera
mis propios males, si ocasion dichosa
de que la patria respirase fueran.
Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
osaron contrastar en su carrera
al feroz Musulman: nunca mi pecho
á la esperanza falleció; mas piensa
que el árbol encorvado en la borrasca
sus ramas levantando ya dispersas
se enderece mas bello y mas frondoso,
y con su sombra á defendernos vuelva.

Verem. Si el peligro arrostrando denodados,
y pereciendo en él se consiguiera
el magnánimo fin, mi vida entonces
al altar de la patria por ofrenda
la primera á inmolarse correría:
mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atrás: mirad la plaga

que levanta en la Arabia un vil profeta,
la Asia y la Libia devastar, y al cabo
en la Europa caer á su violencia
arrolladas las huestes españolas
el Gótico poder cayó con ellas,
y sobre él orgulloso el agareno
de mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
y ya domesticado en su cadena
ni de su daño y su baldon se irrita,
ni á los clamores del valor despierta.

Pel. Qué es pues el hombre? ó cielos! A su audacia,
se ven ceder las indomables fieras;
los montes rinden su orgullosa cima,
la esplosion del volcan aun no le aterra?
Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
vendrán y esclamarán; "Por qué se sienta
»sobre nuestra cerviz desventurada
»del ageno temor la injusta pena?
»Somos quizá los que en Jerez huyeron?
»ó los que abandonando la defensa
»de la patria, labraron con sus manos
»este yugo cruel que nos sujeta?»
Asi España hablará contra nosotros,
recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
á una opresion tan mísera pudimos
añadir el baldon de merecerla.

Alfon. Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo me decís duerme y se entrega
á los serviles hierros que le oprimen;
quién sabe si esa mar ahora serena
el soplo de los vientos solo aguarda
para bramar y amenazar soberbia?

Verem. No asi tan presto en la esperanza fie
vuestro arrojado ardor. Y si se niega

á seguir vuestros pasos la fortuna,
si sois vencidos en tan árdua empresa,
quién guarecer á la infeliz España
podrá de la venganza que violenta
en luto y sangre cubrirá al momento
las míseras reliquias que aun la quedan?
Pelayo. Es justa nuestra causa, el alto Cielo
la dará su favor.
Verem. Tambien lo era
cuando en Jerez lidiábamos.
Pelayo. No, amigos,
no lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
pérdida que los Godos allí hicieron;
aun indignado el corazon se acuerda
que la molicie, el crímen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
de oro la frente orlada, y mas dispuesto
al triunfo y al festin que á la pelea,
el sucesor indigno de Alarico
llevó tras sí la maldicion eterna.
Ah! yo lo ví: la lid, por siete dias
duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
carnicería: huyeron los cobardes,
los traidores vendieron sus banderas,
los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
de Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
y ya la copa de su enojo llena,
abrió la mano, y la vertió en los Godos
que tan torpes escándalos sufrieran.
Verem. Cedamos, pues, al celestial decreto
que á afan y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos:
y habremos de escuchar nuestra impaciencia
al tiempo que oprimidos y dispersos,

sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
las puertas hácia el bien? Dios nos castiga;
pleguemos ya la frente á su sentencia.

Pel. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
ó Españoles, está. Ved la halagüeña
ocasion que nos muestra la fortuna:
ella moviendo su voluble rueda
nos manda la osadía. Ved al moro,
ansiando en su ambicion toda la tierra,
salvar los montes, inundar las Galias,
que hollar tambien y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros:
y á España en tanto abandonada dejan
á los que ya de combatir cansados
al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de nobles fugitivos,
llenas tambien las convecinas sierras,
brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues la señal: ó cuántos pueblos
nos seguirán despues! Mas si se niegan
á tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
y la frente cobarde al yugo tienda
el débil y estragado Mediodia:
hijos, vosotros, de estas asperezas,
á arrostrar y vencer acostumbrados
de la tierra y los cielos la inclemencia,
temblareis? cedereis? no. Vuestros brazos
alzen de los escombros que nos cercan
otro estado, otra patria y otra España
mas grande y mas feliz que la primera.

Alfons. Jóven sublime! tú el camino hermoso
de la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima.
Sigámosle, españoles: mas es fuerza,

si se ha de conseguir tan árduo intento,
que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció y el cetro Godo,
vilmente roto en su indolente diestra,
clama imperiosamente que otras manos
en su primer honor le restablezcan.
Nosotros que aspiramos á esta gloria,
aquí debemos, á la usanza nuestra,
el caudillo elegir que nos conduzca,
el Rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.

Pelayo. Nobles Godos,
no abrigueis tal error: con qué vergüenza
se afligiera la sombra de Ataulfo,
descansar viendo su real diadema
sobre una frente que el rubor humilla!
buscad otro mas digno en que ponerla,
ilustres campeones.

Alfons. No asi injuries
á tu espléndido nombre, á tus proezas,
al celo de los buenos que te admiran:
degradarte? jamás. Ah! no lo creas,
no es dado á una muger frívola y débil
manchar la gloria, y trasladar su afrenta
á aquel que sin cesar sus pasos guia
del honor y virtud por la árdua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
en lugar de apocarte, te engrandezca
al terrible castigo y la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera:
podrás dudar?... Valientes españoles,
respondedme: quién es, donde se encuentra
el que con mas ardor se ha ennoblecido
en esta grande y desigual contienda?
Quién de tantas desgracias á despecho

jamás desesperó? quién nos alienta,
y en nombre de la patria nos inflama?
Los Nobles. Pelayo.
Alfons. Quién, pues, ser nuestra cabeza
mas bien merece, y fundador ilustre
del nuevo estado que á rayar comienza?
Leandr. Pelayo.
Alfons. El nuestro rey; caudillo nuestro
debe ser, ciudadanos.
Los Nobles. El lo sea.
Alfons. Oyes el voto universal? Ahora
vil desercion tu resistencia fuera; (1)
no es el trono opulento de Rodrigo
cercado de delicias y riquezas,
sumergido en el ocio y la molicie,
el que á tí los cristianos te presentan.
Los peligros, la muerte, las batallas,
tu débil solio sin cesar asedian.
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
á par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales;
todos por mí te ofrecen su obediencia.
He aqui el escudo, emblema del esfuerzo
con que debes velar en su defensa.
Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora
yo te llamo mi Rey: y á tus escelsas
virtudes y á tu gloria el homenage
rindo, que un tiempo les dará la tierra.
Plegue á Dios que la nueva Monarquía
que hoy por un punto tan estrecho empieza,
abarque toda España, y que tu espada
cetro del mundo con el tiempo sea!

(1) *Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.*

Pel. Pues yo ofrezco á mi vez, ínclitos Godos, (1)
ser en la dura lid que nos espera
siempre el primero y siempre conduciros
donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro:
si en algun tiempo lo olvidáre, puedan
verter en mí su indignacion los cielos
con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

Un Gijonés y dichos.

El Gijonés. Cristianos,
volved la vista á la desgracia nueva
que asalta nuestra patria: ya Munuza
su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
á nuestra desventura, á nuestras penas,
fingidas fueron, cebo pernicioso
de su vil seduccion: la ley perversa
de ser esclavo ó musulman el Godo
se publica mañana.
Alfons. Oh! si pudiera
mañana ser el venturoso dia
de oprimirle!
El Gijonés. Sabed que ahora se observa
un repentino y grande movimiento
en su alcázar; las armas centellean,
y la guardia se dobla; un mensagero
de Mérida enviado es quien altera
el tranquilo silencio de la noche.
Leandr. Prevengámosle, Godos: que perezca

(1) *Poniendo la mano sobre el escudo.*

el tirano mañana á nuestras manos.
Verem. Y no temeis la muchedumbre fiera
de sus soldados? dilatadlo os ruego:
bastantes aun no sois, haced que vengan
á unirse con vosotros los cristianos
que esconden fugitivos esas sierras.
Pelayo. O mañana ó jamás. Quereis por dicha
vuestra fortuna abandonar espuesta
á la cobarde sugestion del miedo,
de la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
haciendo ostentacion de su insolencia
diere esa ley fanática, y el pueblo
hervir de oculta cólera se sienta;
entonces todos levantando á un tiempo
el fiero grito de imprevista guerra,
y proclamando en él la fé, la patria,
los fieles concitad á defenderlas.
Alfons. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
que en este instante el corazon me alienta,
no hay que dudar, vencemos. O cristianos!
traidor se llame, y maldecido muera,
el que sin la victoria ó sin la muerte
su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha,
ó vencer ó morir juro.
Leandr. En tu diestra (1)
lo juro yo tambien.
Verem. Y yo. (2)
Los Nobles. No hay nadie (3)

(1) *Asiendo la mano de Alfonso.*
(2) *Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.*
(3) *Todos hacen el ademan de Alfonso jurando or su espada.*

que ansioso no lo jure.
Pelayo. O providencia!
Sí, que mañana al acabarse el dia,
ó vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Hormesinda y Alvida.

Alv. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga:
de qué te sirve la agitada planta
aqui y allí mover y en hondos ayes
los ámbitos llenar de aqueste alcázar?
A tu anhelante afan nadie responde;
el ceño con que escuchan tus palabras,
doblándote la duda y la zozobra,
doblan tambien de tu dolor las ansias.
Ven á tu estancia, y el querer del cielo
aguardemos allí.
Horm. Solo desgracias
ordenará: tú ves como en mi daño
cuanto pensé ¡infeliz! todo se cambia.
El amor de mi patria y de los mios
prendió en mi pecho la funesta llama
que me va á consumir: este himeneo
juzgaba yo que á la afligida España
anuncio fuese de quietud, y al moro
de templanza y quietud prenda sagrada.
Qué engaño tan cruel! Formado apenas,
mi hermano se presenta; me amenaza,
me aterra... Ah! por qué el suelo en aquel punto
no se abrió y me tragó?
Alv. Tú misma agravas
el peso de tu afan: aunque á Pelayo

ardiendo ves en repentina saña
por este enlace, al fin de la prudencia
escuchará la voz cuando cerradas
las sendas todas á vengarse encuentre.

Horm. Prudencia, Alvida, en él! cuando escucharla
se le vió, si á su vista se presentan
gloria, virtud, y pundonor y patria?
vino á perderme y á perderse: él fia
en gentes abatidas y humilladas,
donde hallar encendida espera en vano
de su mismo valor la noble llama.
Quién sabe si á estas horas?... Tú lo viste
cuando llegó la misteriosa carta
que á Munuza de Mérida se envia,
todo agitarse aquí, doblar las guardias,
y salir Ismael... tiemblo al pensarlo:
si fué un aviso?... incierta y agitada
no sé que hacer. Escucha: no á mi esposo
vida le dió una tigre en sus entrañas,
ni las sierpes de Libia sustentaron
con ponzoña y rencor su tierna infancia.
De hombres nació, y es hombre; y pues que ha sido
ya sensible al amor, tambien entrada
dará en su pecho á la piedad. Alvida,
puede ser que arrojándome á sus plantas,
diciéndole yo misma...

Alv. Oh! no te fies,
no al eco atiendas de esperanzas vanas.
Munuza usar clemencia con Pelayo?
error; funesto error! Quizá ignorada
su suerte aun es del moro; y tú serías
la que le señalase á su venganza!

Horm. Con que el perdon á tantos concedido
solo á mi sangre ese cruel negára?
Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,

mis tiernos ruegos, mi cariño!...
Alv. Nada.
Qué vale todo al tiempo que le gritan
la voz terrible del sangriento Audalla,
la ambicion de mandar que le devora,
su ley feroz que á la crueldad le arrastra!
Horm. Asi huirá, pues, mis esperanzas todas;
todas las ilusiones de bonanza
que mi amor se fingió!... Sí: de los cielos
la saña incontrastable desplomada
siento que viene sobre mí: la tumba
me espera, y allá voy; pero manchada
con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
á mi hermano, á mi amante...
Alv. Ay triste! Calla:
él se acerca: en tí vuelve, hunde en tu pecho
por no irritarle tus amargas ansias.

ESCENA II.

Munuza y dichas, despues Audulla.

Horm. Señor... ya que el rigor fiero y terrible
de que está vuestra frente acompañada
otro nombre mas dulce usar me veda...
Decid, señor, qué súbita mudanza
es la que encuentro en vos? Cuáles cuidados
ora os perturban? Movimiento y armas,
agitacion, sospechas, qué aparato
tan diverso de aquel que yo esperaba
en estas horas ver, en estas horas
destinadas á amor y á confianza!
Mun. Qué mucho al fin, que las sospechas velen
donde su acero la traicion prepara?
Vos misma, quizá cómplice...
Audalla. Munuza,
ya está tu órden cumplida.

Mun. A vuestra estancia,
señora, os retirad.
Horm. Ya os obedezco;
pero entre los consejos de la saña
memoria haced de mí; de las promesas
que un tiempo vuestro labio pronunciaba
en favor de este pueblo: nuestro enlace
el íris debe ser... (1)

ESCENA III.

Munuza y Audalla.

Mun. O como tardan!
Audalla. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
de la inquietud, de la impaciencia estraña
que desde el punto mismo te atormenta
en que á tus manos se entregó la carta.
Guardarte de Pelayo ella te avisa;
la fama de su muerte ha sido falsa,
y hácia Astúrias camina, donde acaso
alguna nueva rebelion se trama.
Qué mas alto favor de la fortuna
pudieras esperar? Ella le arrastra
á tu poder, y el golpe que le cabe
hace espirar la agonizante España.
Mun. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
de donde tuve el ser, que yo renazca
al noble ardor, á las costumbres fieras
que el amor de mi pecho desterraba.
Nunca hasta en este punto la sospecha
su atroz ponzoña derramó en mi alma;
supe lidiar, vencer, y despreciarlos,

(1) *Munuza mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan; Hormesinda se estremece y se van las dos.*

y dejarlos vivir. Qué me importaba
que impacientes mordiesen sus cadenas,
si ya á romperlas su valor no basta?
Quieres saber mi agitacion? pues vuelve,
vuelve la vista á la muger ingrata,
por cuyo amor y artificioso halago
el ímpetu detuve á mis venganzas,
y mírala tambien, cual yo la miro,
cómplice ser de tan inicuas tramas.

Audalla. Tú sabes bien si mi rencor perdona:
cristianos todos son, y esto me basta
para odiaros sin fin: mas por ventura
tambien como nosotros engañada
la muerte de Pelayo ella creía,
y es inocente en su traicion.

Mun. No, Audalla,
no es inocente: el jóven que aquí mismo
hablarla consiguió, vino á avisarla
de esta traicion acaso. Por qué ahora
de la tristeza en vez que antes mostraba,
de incertidumbre congojosa y viva
la miro palpitar? Pues tiembla y calla;
la perjura me vende; y sangre, sangre
pide á voces mi amor vuelto ya en rabia.

Aud. Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza
educado en los campos de la Arabia;
ahora sí que en tí mira el gran profeta
el firme musulman que antes no hallaba.
No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV.

Dichos, Pelayo, Leandro, Ismael, guardias.

Leand. Qué intentas?
Por qué asi á tu presencia nos arrastran?
Por qué se ha hollado el respetable asilo

de la hospitalidad, sin que las canas
de un desarmado anciano librar puedan
su inocente mansion de vuestras armas?

Mun. En todos tiempos, en cualquiera sitio,
al que os venció en el campo, y ahora os manda,
debeis razon de vuestros pasos todos.
Quién sois? dónde vais?

Leand. Es nuestra patria
Gijon, mi padre el lastimado viejo,
que hoy sin respeto tu violencia ultraja;
este guerrero, en mis desgracias todas
amigo fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
sin paciencia bastante á tolerarla,
venir y saludar nuestros hogares,
y huir por siempre de la triste España,
ha sido nuestro intento.

Mun. Alma cobarde,
no encubras la verdad en tus palabras.
Dí presto á que vinísteis.

Pelayo. Si lo sabes,
para qué lo preguntas? si en tu alma
ya las sospechas sin cesar te gritan
la suerte que mereces, á qué aguardas?
Junta á la usurpacion la tiranía,
y ahuyente tu temor nuestra desgracia.

Mun. Mal el orgullo que tu lengua anima,
y esa arrogante ostentacion de audacia,
con la bajeza infame y alevosa
de tus acciones pérfidas se hermanan.
Rebelde, vil y miserable espía
viniste á sorprender mi confianza,
mi esposa á congojar; y de este pueblo
á alterar la obediencia á mí jurada.
Pelayo que os envia no os defiende

del peligro mortal que os amenaza;
y si aun negais lo que saber deseo,
la muerte y los tormentos os lo arrancan.
Dónde está ese insensato? respondedme:
cuáles son sus intentos y esperanzas?
Pelayo. Quizá si lo supieses temblarias:
mas tú, arrogante musulman, te engañas
cuando en la fuerza y el poder fiando
piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano:
talar los campos, demoler las casas,
inundarlas en sangre, esto le es fácil;
mas degradar por miedo nuestras almas,
mas mover nuestro labio á tu alvedrío,
bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.
Auda. No asi oscurezcas tu esplendor supremo
dando ocasion á su arrogancia vana:
jamás asi se esplica la inocencia,
y ya culpables son, pues que te ultrajan.
Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.
Mun. Caerán; pero no solos: tambien caigan
los nobles de Gijon, Tendis, Fruela,
Alfonso, Atanagildo...
Pelayo. De mi audacia,
de mi silencio cómplices no han sido:
respétalos, tirano.
Mun. Sin tadanza
vuela Ismael, y encadenados todos
vengan á mi presencia en este alcázar. (*vase Ismael*).
Pelayo allá donde se esconde tiemble
viendo asi fenecer sus esperanzas:
y aguarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V.

Hormesinda y dichos.

Horm. No tan gran sacrificio á la venganza (1)
permitido ha de ser: Pelayo, el cielo
no ha concedido á tu infeliz hermana
ser grande como tú; pero á lo menos
te defiende en tu riesgo, te acompaña
en tu muerte. Munuza, este el camino (2)
es el que se ha de abrir tu injusta espada
si va á buscar su corazon.

Audalla. Pelayo!

Mun. Su hermano!

Leandr. Qué pronuncias, desdichada?
Sabes lo que revelas?

Pelayo. Ya que importa?
Pelayo soy: la suerte se declara (*á Munuza.*)
entera á tu favor, no la desprecies:
suelta la rienda á tu impaciente saña;
envuelve á esa infeliz en mi destino,
y en el morir iguálanos: qué tardas?
Yo te aborrezco y te persigo; y ella
(no hay delito mayor) ella te ama.

Horm. Cesa, cesa, cruel. Divinos cielos!
A quién irán primero mis plegarias?
A quién persuadirán que de su pecho
despida esa altivez, esa arrogancia,
que al uno lleva á perdicion segura,
y á abusar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
si este llanto que vierto no os ablanda,
saciad en mí los dos aun mismo tiempo

(1) *Corriendo á su hermano, y en ademan de defenderle.*

(2) *Puesta entre los dos y señalando su pecho.*

esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aqui sino yo sola:
yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
y á mi esposo tambien: cuál es el brazo
que de una vez mi desventura acaba?
O Munuza! ese alfange tan teñido,
ya enseñado á verter sangre cristiana,
será mas diestro á derramar la mia.
Siega al punto con él esta garganta;
siégala y presta á tu infeliz esposa
en tan fiero rigor su última gracia.

Mun. No abuses mas de la indulgencia mia; (1)
que aun á pesar de tus ofensas habla
en favor tuyo, y con silencio y miedo
mis soberanas órdenes aguarda.
Tú el duro trecho en que te ves contempla (2).
Ni arbitrio ya te queda, ni esperanza,
sino en mi compasion.

Pelayo. Yo no la imploro.

Mun. Conozco tu valor, sé tu constancia,
y entiendo bien que á contrastar tu pecho
vano es el riesgo, inútil la amenaza.
Pero esos infelices que arrastrados
son en aqueste instante hácia el alcázar;
pero toda Gijon que al pronto incendio
de mi furor se mirará abrasada,
todo te manda doblegar tu orgullo:
quieres salvarlos, dí, quieres salvarla?

Pelayo. Qué pretendes de mí?

Mun. Que á su presencia
humilles esa frente temeraria;
y de obediencia dándoles ejemplo,
la autoridad augusta y soberana

(1) *A Hormesinda.* (2) *A Pelayo.*

del Califa respetes. De perfidia
sé que no eres capaz; tu fé me basta:
júralo por tu honor y el Dios que adoras,
y Gijon y tus cómplices se salvan.

Pelayo. Dices bien, musulman, en este pecho
jamás halló la falsedad entrada;
y primero faltará el sol al dia,
que á sus pactos Pelayo y sus palabras.
Mas oye: si en mi vida algun momento
hubo en que esta lealtad idolatrada
pude animarme á profanar, es este
en que me incitas á jurar mi infamia.
Fé te jurára, sí; mas solamente
por librar de la muerte que ahora amaga
ese afligido pueblo y mis amigos;
mas solo por el tiempo que tardára
en hallar un puñal que en sangre tuya
lavase al fin de mi baldon la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo:
nunca aquel que cobarde se degrada,
á la opresion doblando la rodilla,
despues su frente hácia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos.

Mun. Tú dictas, insensato, en tus palabras
tu sentencia.

Pelayo. Ejecútala.

Mun. Al instante.

ESCENA VI.

Ismael, dichos.

Ismael. Pronto acudid, señor, Gijon alzada
se niega á obedecer; los nobles fieros
de la atroz sedicion soplan la llama;
y al nombre de Pelayo que repiten,
el pueblo fiero con furor se exalta;
la sangre corre; vuestros guardias caen:

todo es ya confusion.
Mun. Qué escucho! Audalla,
vamos á alzar el formidable azote
sobre esa muchedumbre vil y esclava.
Aud. Mas qué ordenas en fin de estos cristianos?
Mun. Ellos á las mazmorras del alcázar;
ella á la torre.
Pelayo. Su tremendo brazo
ya el Dios de los ejércitos levanta
contra tu usurpacion: tiembla, caiste:
tu hora llegó.
Mun. Dí que la tuya, marcha;
sé mi esclavo hasta el fin: cualquier que sea
la suerte que me aguarda en la batalla,
vencedor te condeno al escarmiento,
vencido te consagro á la venganza.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una mazmorra.

ESCENA PRIMERA.

Pelayo y Leandro.

Lean. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
donde toda esperanza se nos niega;
donde tiene la muerte en nuestro daño
su mano inevitable ya suspensa;
no al fin el hado adverso que nos pierde
enteramente su rigor desplega,
y el alivio aunque amargo nos permite
de unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas;
y sumergido en tu profunda pena
ni aun levantas los ojos á tu amigo.

Acaso el heroismo, la firmeza
que tantos males superaba un tiempo,
en el último trance ya flaquea?

Pelayo. Tu amigo desmayar! Ah! Tú lo sabes
si de tan santa causa en la defensa
esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
Mas mientras dura la mortal pelea,
en ocio vil y vergonzoso verme
esperando la muerte como espera
la maniatada víctima el cuchillo!

Leand. Cuando el forzoso término se acerca,
qué vale murmurar contra el camino
que sin recurso á fenecer nos lleva?
No empero sin venganza al fin morimos,
y ya nuestros amigos....

Pelayo. Ah! pudiera
llamarlos con mi voz, darles aliento,
al eco ronco de las armas fieras
exaltarme y lidiar! y si el destino
triunfaba de mi vida en la pelea,
muriera; pero al menos combatiendo
contra esos fieros árabes muriera.
Así el fin á mi vida igualaria;
así el poder y dignidad suprema
á que ayer me ví alzar se autorizaban;
mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
ellos mueren con honra, yo en oprobio.

Leand. Basta á tu gloria inmortal carrera;
y el mundo todo al contemplar tu suerte,
llanto y admiracion hará sobre ella.
Tú cual Pelayo morirás: mi alma
de ardor sublime y de constancia llena
se elevará á tu ejemplo, y del destino
sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora:

y cuando en las edades venideras
los hijos de la patria honren tu nombre,
tambien de mí se acordarán sus lenguas;
en vida, en muerte acompañó á Pelayo,
dirán, y mi alabanza será eterna.

Pelayo. Sabes si tienes patria todavía,
infeliz? Si á este tiempo ya deshecha
la flaca resistencia de los nuestros,
coronan sus cabezas las almenas
en los muros del pueblo?... O Dios del mundo,
Señor de la victoria y de la guerra!
Has resuelto otra vez abandonarnos?
Viven pintadas en tu mente excelsa
las culpas de Witiza y de Rodrigo,
sin que ya nuestra fé borrarlas pueda?
Piedad! piedad! Tiempo es aun, perdona.
Cuando entregada esta region se vea
á la supersticion abominable
con que tu nombre el árabe blasfema,
será mayor tu gloria?... Ay! que algun dia
ha de llegar en que sereno vuelvas
hácia España tus ojos, y mirando
las plagas que tu enojo echó sobre ella,
de tan fiero rigor tú mismo llores,
y entonces tarde á la clemencia sea.

Leand. Oyes, Pelayo? (1) La mazmorra se abre;
llegó el momento de morir.

Pelayo. Que venga:
yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
la horrible incertidumbre, la impaciencia
que ya no puedo tolerar.

(1) *Ruido de puertas.*

ESCENA II.

Hormesinda, Alvida y dichos.

Pelayo. Qué buscas,
desventurada? Acaso la fiereza
de ese bárbaro atroz aquí te envía
para que á nuestro fin presente seas?
Horm. No, Pelayo; tu riesgo y mi cariño
me hacen volar ansiosa á tu presencia.
Vengo á salvarte.
Peleyo. O Dios! con que vencido
es tambien nuestro esfuerzo en esta prueba?
Horm. Tal vez ya lo será: desde la torre
ví con terrible estrépito las puertas
abrirse del alcázar, y furiosos
arrojarse los árabes por ellas.
Ya allí el tumulto bélico llegaba,
cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
armada del alfange irresistible
que tantas veces vencedor le hiciera,
en aquel primer ímpetu arrollados
los nuestros de repente titubean;
y aunque siempre luchaudo, al fin el campo
les es fuerza ceder. La lid se aleja,
y entre los espantosos alaridos
que al batallar horrísono se mezclan,
de cuando en cuando el eco se distingue
en que *Pelayo*! y *libertad*! resuenan.
Un momento despues esos guerreros
á quienes nuestra guardia y la defensa
de aqueste alcázar encargada ha sido,
casi todos ardiendo á la pelea
se precipitan: los demas al ruego
cediendo, y á mis dádivas, nos dejan
la senda libre que al mar conduce.

Armas allí teneis; el tiempo vuela;
venid, huyamos; que Hormesinda al menos...
Ah! perdona estas lágrimas postreras
que un desdichado amor saca á mis ojos!
Que Hormesinda en salvarte feliz sea.

Pelayo. Qué pronuncias? Huir? Leandro?... (1)

Horm. A dónde, (*Deteniéndole.*)
á donde vas, cruel? No ves mi pena,
no contemplas tu riesgo?

Pelayo. A la batalla,
á la victoria voy: ya nos entrega
el Dios Omnipotente ese tirano,
pues al fin libres combatir nos deja. (2)
Amigos, alentaos; nuestro es el dia,
como fué suyo el de Jerez, mi diestra
victoriosa os conduzca hácia este alcázar;
ella os enseñe á derribar las puertas,
á arder sus techos, derrocar sus muros,
á no dejar en él piedra con piedra. (*Vánse.*)

ESCENA III.

Hormesinda y Alvida.

Horm. Cómo de un frenesí tan desatado
el ímpetu atajar?... Mas quien me veda
correr tambien de la batalla al campo,
y entre esos fieros adversarios puesta
sus golpes recibir? Quizá uno y otro
con solo mi morir contentos sean.

Alvid. Así, que lograrás? buscar tu daño,
y aumentar su furor con tu presencia.
Ya ni á la sangre ni al temor te fies:
cuando retumba el eco de la guerra

(1) *En ademan de marchar.*
(2) *Dirigiéndose hácia el sitio del combate.*

ellos exhalan en sus endebles gritos,
y escuchados no son.
Horm. Naturaleza,
si este no me conoce por hermana,
y de esposa el cariño aquel me niega,
aun de esposa y de hermana el dulce afecto
para mayor tormento en mí conserva.
Ya en tan amarga situacion yo debo
al que mas infeliz de ellos se vea
acudir, defender... Sé que el destino
no me deja eleccion; sé que la senda
de espinas erizada y de amargura,
por donde el precipicio me despeña,
me es fuerza andarla toda: tú entretanto
abandona á esta víctima dispuesta
para el golpe fatal...

ESCENA IV.

Munuza sin alfange, Ismael, moros y dichas.

Mun. Moros cobardes,
no asi me aconsejeis; tras de la mengua
de ser vencido, la venganza sola
es el placer que el cielo me reserva.
O confusion! Quién de las manos mias
ha arrancado el alfange? En dónde quedan
Audalla y sus valientes? Por ventura
todos han muerto en la fatal pelea,
ó todos ya mirándome caido
de seguir á Munuza se avergüenzan?
Horm. Tu esposa no: por medio á los contrarios
sin aterrarse de sus armas fieras
ella te salvará: su tierno pecho
será el escudo en que los golpes hieran:
ellos se acordarán de tus piedades...
Mun. Quién te trae ante mí? Porqué renuevas

en mi mente hostigada la memoria
de mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
por tí perdonó un tiempo mi clemencia
á esta ciudad rebelde, que al instante
debió ser igualada con la tierra.
Por tí dejé vivir sus moradores:
por tí en fin, sin arbitrio, sin defensa
en la horrenda traicion que me asesina
me miro fenecer.

Horm. Cómo te ciega
tu imprudente furor! no desconozcas
la postrera esperanza que te queda:
yo soy tu asilo.

Mun. Tú? Cuando mi imperio,
cuando mis muertos árabes me vuelvas,
cuando mi gloria... Dí por tantos bienes
como tu desastrado amor me lleva,
ya que te resta por hacer?

Horm. Salvarte:
queda en esta mansion de tu grandeza;
yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
me arrojaré; le rogaré, es fuerza
que respete tu vida, ó que contigo
perecer á Hormensinda se conceda.

Mun. De Pelayo! Qué dices? Al instante
arrástrale, Ismael, á mi presencia.
Quiero partirle el corazon yo mismo, (1)
quiero lanzar al pueblo su cabeza,
decirle: ahi le teneis, y complacerme
cuando se cubran de terror al verla.

Horm. No le busqueis.

Mun. Corred.

(1) *Saca un puñal.*

Horm. Él está libre,
no le busqueis. O Dios! quizá se acerca
ya vencedor aquí: cede á su suerte.

Mun. Mas quién fué el temerario que las puertas
abrió de su prision?

Horm. No lo preguntes.

Mun. Ah infeliz! fuiste tú? Muere, perversa; (1)
y que mi mano en el abismo te hunda,
donde tu aleve ingratitud me lleva.

Horm. Ay de mí! (2)

Mun. Me vengué; corred conmigo
á encontrarle, á acabar... (3)

Ismael. Pelayo llega;
los cristianos le siguen vencedores:
qué resolveis, señor? la resistencia
es aquí por demas.

ESCENA V.

Pelayo, Leandro, Alfonso y demas nobles.

Pelayo Volad, amigos,
á Hormesinda, salvad: Munuza muera.

Mun. Munuza muere, sí; mas por su mano: (4)
mas despues de vengarse: mira. (5)

Pelayo. Es ella,
y espirando... Ah cruel!... (6) Hermana mia,
Hormesinda no me oyes?

(1) *La hiere.*
(2) *Cayendo en los brazos de Alvida.*
(3) *Oyese ruido de los cristianos que llegan.*
(4) *Se hiere y señala donde está Hormesinda.*
(5) *Cae: Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detrás de sí.*
(6) *Mirando á Munuza.*

Horm. Cual penetra
esa voz amorosa en mis oidos!
Cómo el rigor de mi agonía templa!...
Mi amor no halló perdon... vino el castigo,
y por cual mano!... A Dios; venciste... reina...
Pero tal vez en tus gloriosos dias
algun recuerdo esta infeliz te deba...
esta infeliz... que por tí muere... (*espira.*)

Pelayo. Oh cielo!
está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, la sangre de Pelayo
bañando está la cuna que sustenta
vuestro imperio naciente, y otro duelo
que vano luto y lágrimas espera.
Muerto el tirano veis; ya no hay reposo;
siglos y siglos duren las contiendas.
Y si un pueblo insolente allá algun dia
al carro de su triunfo atar intenta
la nacion que hoy libramos, nuestros nietos
su independencia así fuertes defiendan,
y la alta gloria y libertad de España
con vuestro heróico ejemplo eternos sean.

FIN DE LA TRAGEDIA.